

cerrar entre ellas las miradas del esposo reconquistado. Engalanada con su hermosa cabellera negra perfectamente lisa que le caía á cada lado de la frente como dos alas de cuervo, vestida con un peinador que le llegaba al cuello y llevaba una larga esclavina adornada con profusión de encajes, la señora Claes fué á correr el cortinaje de la puerta que ahogaba todos los ruidos del exterior. En seguida Josefina miró á su marido, que se había sentado junto á la chimenea, dirigiéndole una de esas alegres sonrisas con las cuales una mujer espiritual, cuya alma asoma al rostro embelleciéndole, sabe expresar irresistibles esperanzas. El mayor hechizo de una mujer consiste en una apelación constante á la generosidad del hombre, en una graciosa declaración de debilidad en virtud de la cual le enorgullece y despierta en él los más levantados sentimientos. La confesión de la debilidad ¿no trae consigo mágicas seducciones? Cuando las anillas del cortinaje resbalaron sordamente por la barra de madera, Josefina se volvió hacia su marido y pareció como si quisiera disimular en aquel momento sus defectos corporales apoyando la mano en una silla para acercarse á él con gracia. Era lo mismo que llamar en su auxilio. Baltasar, abismado un momento en la contemplación de aquel moreno rostro que se destacaba sobre el fondo gris del aposento atrayendo y satisfaciendo la mirada, se levantó para coger á su esposa y la llevó al canapé. Esto era precisamente lo que ella quería.

—Me has prometido, le dijo cogiéndole una mano que conservó entre sus manos electrizantes, iniciarme en el secreto de tus investigaciones. Convén, amigo mío, en que soy digna de saberlo, puesto que he tenido el valor de estudiar una ciencia anatematizada por la Iglesia, para ponerme en estado de comprenderte; pero soy curiosa; no me ocultes nada. Cuéntame, pues, por qué casualidad te levantaste una mañana caviloso cuando la víspera te dejé tan contento.

—Y ¿te has vestido con tanta coquetería para oír hablar de química?

—Baltasar, recibir una confidencia que me hace penetrar aún más en tu corazón, ¿no es para mí el mayor de los placeres, una concordia del alma que comprende y engendra todas las felicidades de la vida? Puesto que vuelve á mí tu amor puro y entero, quiero saber qué idea ha sido bastante poderosa para haberme privado de él tanto tiempo. Sí,

tengo más celos de un pensamiento que de todas las mujeres juntas. El amor es inmenso, pero no infinito; al paso que la Ciencia tiene profundidades sin límites adonde no puedo sufrir que vayas solo. Detesto todo cuanto puede atravesarse entre nosotros. Si alcanzaras la gloria en pos de la cual corres, yo sería muy desgraciada, porque presumo que la gloria te proporcionaría grandes satisfacciones. Yo sola, yo, debo ser el origen de tus placeres.

—No, ángel mío, no ha sido una idea la que me ha puesto en este hermoso camino, sino un hombre.

—¡Un hombre! exclamó ella con terror.

—¿Te acuerdas, Pepita, de aquel oficial polaco que tuvimos alojado en casa en 1809?

—¡Que si me acuerdo! ¡Más de una vez me he impacientado porque tan á menudo acudieran á mi memoria sus ojos parecidos á lenguas de fuego, aquellos hoyos que tenía sobre las cejas en los que se veían brasas del infierno, su ancho cráneo sin cabello, sus bigotes alzados, su cara angulosa, demacrada!... ¡Y con qué calma tan aterradora andaba!... Si hubiese habido sitio en las posadas, de jijo que no habría dormido aquí.

—Aquel caballero polaco se llamaba Adam de Wierchowonia, repuso Baltasar. Cuando nos dejaste solos por la noche en el locutorio, nos pusimos á hablar de química por casualidad. Arrancado por la miseria al estudio de esta ciencia, sentó plaza de soldado. Creo que nos reconocimos como adeptos de la química con motivo de un vaso de agua con azúcar. Cuando dije á Mulquinier que trajese terrones de azúcar, el capitán hizo un ademán de sorpresa.—Usted ha estudiado química, me dijo.—Con Lavoisier, le contesté.—¡Qué suerte tiene usted en ser libre y rico!—Y exhaló uno de esos suspiros varoniles que revelan un infierno de dolores oculto bajo un cráneo ó encerrado en un corazón, en fin, algo ardiente, concentrado que no se puede expresar con palabras. Acabó su pensamiento con una mirada que me dejó helado. Después de una pausa, me dijo que estando la Polonia casi muerta, se había refugiado en Suecia, donde procuró consolarse con el estudio de la química, por la cual había tenido siempre irresistible vocación...—Pues bien, añadió, veo que usted ha reconocido como yo que la goma arábica, el azúcar y el almidón reducidos á polvo, dan una substancia del todo semejante, y por el análisis un mismo

resultado *cualitativo*. — Hizo otra pausa, y después de contemplarme con mirada escudriñadora, me dijo confidencialmente y en voz baja palabras solemnes cuyo sentido general es lo único que hoy me ha quedado en la memoria; pero las pronunció con tan poderosa entonación, con inflexiones tan marcadas y tan vigorosa expresión que me removieron las entrañas y parecieron descargar en mi inteligencia golpes parecidos á los martillazos que se dan en un hierro sobre un yunque. Voy á decirte en compendio en qué consistieron esas razones que fueron para mí la brasa que Dios puso en la lengua de Isaías, porque mis estudios con Lavoisier me permitieron comprender toda su trascendencia: "Caballero, me dijo, la paridad de esas tres substancias, en la apariencia tan distintas, me indujo á pensar que todas las producciones de la naturaleza debían tener un mismo principio. Los trabajos de la química moderna han probado la verdad de esta ley en cuanto á la mayor parte de los efectos naturales. La química divide la creación en dos partes distintas: la naturaleza orgánica, la naturaleza inorgánica. La primera, que comprende todas las creaciones vegetales ó animales, en las cuales aparece una creación más ó menos perfeccionada, ó, hablando con más precisión, mayor ó menor motilidad que determina en ellas más ó menos sentimiento, es seguramente la parte más importante de nuestro mundo. Pues bien, el análisis ha reducido todas las producciones de la naturaleza á cuatro cuerpos simples, que son tres gases: el nitrógeno ó ázoe, el hidrógeno y el oxígeno, y otro cuerpo simple no metálico y sólido, el carbono. En cambio, la naturaleza inorgánica, tan poco variada, desprovista de movimiento y de sentimiento y á la cual se puede negar el dón de crecimiento que con tanta ligereza ha supuesto en ella Linneo, cuenta cincuenta y tres cuerpos simples cuyas diferentes combinaciones forman todas sus producciones. ¿Es probable que los medios sean más numerosos allí donde hay menos resultados? Por esto la opinión de mi antiguo maestro es la de que esos cincuenta y tres cuerpos tienen un origen común, modificado en otro tiempo por la acción de una potencia extinguida hoy, pero que el genio humano debe hacer revivir. Pues bien, suponga usted por un momento que se ha despertado la actividad de esta potencia; entonces tendremos una química unitaria. Las naturalezas orgánica é inorgánica deben basarse verosímil-

mente en cuatro principios, y si conseguimos descomponer el nitrógeno, al que debemos considerar como una negación, sólo quedarán tres. Henos, pues, ya cerca del gran Ternario de los antiguos y de los alquimistas de la Edad media, de los cuales nos burlamos sin razón. A eso se reduce hoy la química moderna. Es mucho y es poco; lo primero, porque la química se ha acostumbrado á no retroceder ante ninguna dificultad; lo segundo, en comparación de lo que aun queda por hacer. La casualidad ha servido muy bien á esa hermosa ciencia. Por ejemplo, esa lágrima de carbono puro cristalizado, el diamante, ¿no parecía ser la última substancia que fuera posible crear? Los antiguos alquimistas que consideraban el oro descomponible y por consiguiente factible, retrocedían ante la idea de producir el diamante, y sin embargo, hemos descubierto la naturaleza y la ley de su composición. Yo he ido aún más lejos. En virtud de un experimento he averiguado que el misterioso Ternario de que los químicos se ocupan desde tiempo inmemorial no se encontrará en los análisis actuales, que carecen de dirección hacia un punto fijo. Ese experimento es el siguiente. Siémbrense simientes de berros (tomando una substancia entre todas las de la naturaleza orgánica) en flor de azufre (tomando igualmente un cuerpo simple); riéguese las simientes con agua destilada para no dejar penetrar en los productos de la germinación ningún principio que no sea cierto. Las semillas germinan y crecen en un medio conocido nutriéndose únicamente de principios conocidos por el análisis. Córtese en muchos trozos el tallo de las plantas á fin de reunir una regular cantidad de ellos para quemarlos y obtener algunos montones de cenizas y poder de este modo operar sobre cierta masa; pues bien, analizando estas cenizas se encontrará ácido silícico, alúmina, fosfato y carbonato cálcicos, carbonato magnésico, sulfato y carbonato potásicos y óxido férrico, como si los berros hubieran nacido en la tierra á orillas del agua. Ahora bien, estas substancias no estaban en el azufre, cuerpo simple que servía de terreno á la planta, ni en el agua con que se la regaba y cuya composición se conoce, y como tampoco las contienen las semillas, no podemos explicarnos su presencia en la planta sino suponiendo que exista un elemento común á los cuerpos contenidos en el berro y á los que le han servido de medio ambiente. Así, pues, el aire, el agua destilada, la flor de

azufre y las substancias que da el análisis del berro, es decir, la potasa, la cal, la magnesia, la alúmina, etc., deben tener un principio común que vaga por la atmósfera tal como la hace el sol. De este irrecusable experimento he deducido la existencia de lo Absoluto, una substancia común á todas las creaciones, modificada por una fuerza única; tal es la posición clara y neta del problema ofrecido por lo Absoluto y que me ha parecido *buscable*. Ahí se encontrará el misterioso Ternario ante el cual se ha postrado en todo tiempo la humanidad: la materia primera, el medio, el resultado. Se hallará ese terrible número Tres en toda cosa humana; predomina en las religiones, en las ciencias y en las leyes. Al llegar aquí, la guerra y las miserias paralizaron mis trabajos. Usted es discípulo de Lavoisier; es usted rico y dispone de tiempo; por consiguiente puedo exponerle mis conjeturas, y manifestarle el objeto que mis experimentos personales me han hecho vislumbrar. La MATERIA UNA debe ser el principio común á los tres gases y al carbono. El MEDIO debe ser el principio común á la electricidad positiva y á la negativa. Encamínese usted al descubrimiento de las pruebas que establecerán ambas verdades, y tendrá la razón suprema de todos los efectos de la naturaleza. ¡Oh caballero! Cuando uno tiene aquí, dijo golpeándose la frente, la última palabra de la creación, presentando lo Absoluto, ¿se puede llamar vida á verse arrastrado en el movimiento de esos montones de hombres que se abalanzan á hora fija unos sobre otros sin saber lo que hacen? Mi vida actual es exactamente lo contrario de un sueño. Mi cuerpo va, viene, se mueve, se encuentra en medio del fuego, de los cañones, de los hombres, cruza la Europa á merced de una potencia á la que obedezco, pero despreciándola. Mi alma no tiene conciencia alguna de estos actos, permanece fija, sumida en una idea, entumecida por esta idea: la investigación de lo Absoluto, de ese principio en virtud del cual unas semillas, absolutamente semejantes, puestas en un mismo sitio, dan, las unas, cálices blancos, las otras, cálices amarillos. Fenómeno aplicable á los gusanos de seda que, alimentados con las mismas hojas y constituidos sin diferencias aparentes, fabrican unos seda amarilla y otros seda blanca; aplicable, en fin, al hombre mismo, que á menudo tiene hijos que no se parecen á él ni á su madre. La deducción lógica de este hecho, ¿no implica además la razón de

todos los efectos de la naturaleza? ¿Y qué? ¿Hay algo más conforme á nuestras ideas sobre Dios que creer que lo ha hecho todo por el medio más sencillo? La adoración pitagórica al uno del que salen todos los números y que representa la materia una; la del número dos, primera agregación y tipo de todas las demás; la del número tres, que en todo tiempo ha configurado á Dios, es decir, la Materia, la Fuerza y la Producción, ¿no resumen tradicionalmente el conocimiento confuso de lo Absoluto? Stahl, Becher, Paracelso, Agripa, todos los grandes buscadores de causas ocultas tenían por consigna el Trismegisto, que significa el gran Ternario. Los ignorantes, acostumbrados á condenar la alquimia, esa química trascendental, no saben sin duda que nos ocupamos en justificar las pesquisas apasionadas de esos grandes hombres. Encontrado lo Absoluto, me habría aferrado entonces al Movimiento. ¡Ah! ¡Mientras como pólvora y mando á una porción de hombres que mueran inútilmente por cierto, mi antiguo maestro amontona descubrimientos sobre descubrimientos y vuela hacia lo Absoluto! ¿Y yo? ¡Yo moriré como un perro, junto á una batería!» Cuando aquel pobre grande hombre recobró un poco de calma, me dijo con una especie de fraternidad conmovedora: «Si supiera de algún nuevo experimento, se lo legaría á usted antes de mi muerte.» Pepita mía, dijo Baltasar apretando la mano de su mujer, por las cóncavas mejillas de aquel hombre corrieron lágrimas de rabia mientras difundía en mi alma el fuego de ese razonamiento que había hecho ya tímidamente Lavoisier, aunque sin atreverse á entregarse á él por completo.

—¡Cómo! exclamó Josefina que no pudo menos de interrumpir á su marido: al pasar ese hombre una noche bajo nuestro techo, nos ha robado tu cariño, ha destruido con una sola frase y una sola palabra la ventura de una familia. ¡Oh querido Baltasar! ¿Ha hecho ese hombre la señal de la cruz? ¿Le has considerado bien? Únicamente el Tentador puede tener esos ojos amarillos de los que salía el fuego de Prometeo. Sí, tan sólo el demonio podía arrancarte á mí. Desde aquel día has dejado de ser padre, esposo y jefe de familia.

—¿Qué dices? exclamó Baltasar levantándose y dirigiendo una mirada penetrante á su mujer. ¡Vituperas á tu marido por querer elevarse sobre los demás hombres á fin de poder

echar á tus pies la púrpura divina de la gloria como mínima ofrenda comparada con los tesoros de tu corazón! Pero ¿acaso no sabes lo que he hecho en el espacio de treinta años? dijo animándose. ¡He dado pasos de gigante!—Su rostro pareció entonces á su mujer más resplandeciente con el fuego del genio de lo que le había parecido con el fuego del amor, y Josefina se echó á llorar escuchándole.—Pues he combinado el cloro y el nitrógeno, he descompuesto muchos cuerpos considerados hasta aquí como simples, he encontrado nuevos metales. Mira, añadió viendo el llanto de su mujer, hasta he descompuesto las lágrimas. Las lágrimas contienen un poco de fosfato de cal, de cloruro de sodio, de moco y de agua.—Prosiguió hablando sin ver la horrible contracción del semblante de Josefina; cabalgaba en la Ciencia que lo llevaba á la grupa, con las alas desplegadas, más allá del mundo material.—Ese análisis, querida, es una de las mejores pruebas del sistema de lo Absoluto. Toda vida implica una combustión. Según la mayor ó menor actividad del hogar, la vida es más ó menos persistente. Así por ejemplo, la destrucción del mineral se retrasa indefinidamente cuando su combustión es virtual, latente ó insensible. Así también los vegetales que se refrescan incesantemente por la combinación de que resulta lo húmedo, viven indefinidamente, existiendo muchos vegetales contemporáneos del último cataclismo. Pero siempre que la naturaleza ha perfeccionado un aparato, que con un objeto ignorado ha puesto en él sentimiento, instinto ó inteligencia, tres grados señalados en el sistema orgánico, estos tres organismos requieren una combustión cuya actividad está en razón directa del resultado obtenido. El hombre, que representa el más alto punto de la inteligencia y que nos ofrece el único aparato del que resulta un poder semicreador, *el pensamiento*, es, de todas las creaciones zoológicas, aquella en que la combustión llega á su grado más intenso y cuyos poderosos efectos los revelan en cierto modo los fosfatos, los sulfatos y los carbonatos que suministra su cuerpo en nuestro análisis. ¿No serían estas sustancias las huellas que en él deja la acción del fluido eléctrico, principio de toda fecundación? ¿No se manifestaría en él la electricidad con combinaciones más variadas que en cualquier otro animal? ¿No poseerá facultades mayores que cualquiera otra criatura para absorber las porciones más fuertes del principio absoluto, y no

se las asimilará para componer con ellas, en una máquina más perfecta, su fuerza y sus ideas? Yo por lo menos lo creo. El hombre es un matraz. Por eso, en mi concepto, es idiota aquel cuyo cerebro contiene menos fósforo ó cualquier otro producto del electromagnetismo, loco aquel cuyo cerebro contiene demasiado, hombre vulgar el que tiene poco, hombre de genio aquel cuyo cerebro está saturado de él en grado conveniente. El hombre constantemente enamorado, el mozo de cordel, el bailarín, el comilón, son aquellos que desvían la fuerza resultante de su aparato eléctrico. Así, pues, nuestros sentimientos...

—Basta ya, Baltasar; me asustas, cometes sacrilegios. Pues ¿qué? Mi amor es...

—Materia etérea que se desprende, y que sin duda es el verbo de lo Absoluto, dijo Claes. Piensa, pues, que si yo, yo soy el primero que encuentre, que encuentre, que encuentre... Al decir estas palabras en tres tonos diferentes, su rostro pasó gradualmente á la expresión de lo inspirado. Yo hago metales, hago diamantes, imito á la naturaleza, exclamó.

—Y ¿serás por ello más feliz? preguntó su esposa con desesperación. ¡Maldita Ciencia, maldito demonio! ¿Olvidas, Claes, que cometes el pecado del orgullo del que se hizo culpable Satanás? Te sobrepones á Dios.

—¡Bah! ¡Dios!...

—¡Y le niega! exclamó Josefina retorciéndose las manos. Baltasar, Dios dispone de un poder que tú no tendrás nunca.

Al oír este argumento que parecía anular su querida Ciencia, miró á su mujer temblando.

—¡Qué dices! exclamó.

—La fuerza única es el movimiento. Eso es lo que he sacado en limpio de los libros que me has obligado á leer: analiza flores, frutas, vino de Málaga; descubrirás, á no dudar, sus principios que surgen, como los de tu berro, en un medio ambiente que parece serles extraño; en rigor puedes encontrarlos en la naturaleza; pero al reunirlos, ¿podrás hacer esas flores, esas frutas, ese vino de Málaga? ¿Tendrás hacer esas flores, esas frutas, ese vino de Málaga? ¿Tendrás hacer esos efectos del sol, tendrás la atmósfera de España? Descomponer, no es crear.

—Si doy con la fuerza coercitiva, podré crear.

—No habrá nada que le contenga, exclamó Pepita con

vov desesperada. ¡Oh! Amor mío, ha muerto, lo he perdido.

Rompió en llanto, y sus ojos, animados por el dolor y por la santidad de los sentimientos que de ellos brotaban, brillaron más hermosos que nunca á través de sus lágrimas.

—Sí, repuso sollozando, has muerto para todo. Ya lo veo; la Ciencia puede más en ti que tú mismo, y su vuelo te ha remontado á demasiada altura para que alguna vez vuelvas á bajar para ser el compañero de una pobre mujer. ¿Qué felicidad puedo depararte ya? ¡Ah! Quisiera, ¡triste consuelo! quisiera creer que Dios te ha creado para hacer patentes sus obras y cantar sus alabanzas, que ha encerrado en tu seno una fuerza irresistible que se enseñoeca de ti. Pero no, Dios es bueno; te dejaría en el corazón algunos pensamientos para una mujer que te adora, para unos hijos á quienes debes proteger. Sí, únicamente el demonio puede ayudarte á andar solo por esos abismos sin salida, en medio de esas tinieblas en las que no te alumbraba la fe de lo alto, sino una horrible creencia en tus facultades. Si así no fuera, ¿no habrías echado de ver que has consumido novecientos mil francos en tres años? ¡Oh! Tú que eres mi Dios en la tierra, hazme la justicia de creer que no te censuro por nada. Si fuésemos los dos solos, te presentaría de rodillas todas nuestras riquezas, diciéndote: Toma, échalas en tu horno, redúcelas á pavesas; me reiré al verlas revolotear. Si fueras pobre, iría á mendigar sin vergüenza á fin de proporcionarte el carbón necesario para alimentar tu horno. En fin, si arrojándome en él te fuera fácil dar con tu execrable Absoluto, me arrojaría contenta, ya que cifras tu gloria y tus delicias en ese secreto no descubierto todavía. Pero ¿y nuestros hijos, Claes, y nuestros hijos? ¿Qué será de ellos si no adivinas pronto ese secreto del infierno? ¿Sabes á qué ha venido Pierquin? Pues á pedirte treinta mil francos que debes y no tienes. Tus fincas ya no te pertenecen. Le he dicho que disponías de esos treinta mil francos para no verte en el apuro en que te habrían puesto sus preguntas; mas para pagar esa suma he pensado vender nuestra antigua vajilla de plata.

Josefina vió que los ojos de su marido estaban á punto de humedecerse, y se echó desesperadamente á sus pies levantando hacia él sus manos suplicantes.

—Baltasar, le dijo, suspende por algún tiempo tus inves-

tigaciones, economicemos el dinero que hayas de necesitar para reanudarlas más adelante, si es que no puedes renunciar á proseguir tu obra. ¡Oh! No es que la juzgue, antes al contrario, aventaría tus hornos si así lo quisieras; pero no reduzcas á nuestros hijos á la miseria, y si ya no puedes quererles, porque la Ciencia ha devorado tu corazón, al menos no les legues una vida desdichada en cambio de la felicidad que les debías. El sentimiento maternal ha sido con frecuencia el más débil en mi corazón, lo confieso; muchas veces he deseado no ser madre para poder unirme más íntimamente á tu alma, á tu vida; así es que, para ahogar mis remordimientos, debo defender ante ti la causa de tus hijos antes que la mía.

Sus cabellos se habían destrenzado y flotaban sobre sus hombros, sus ojos despedían mil sentimientos como otras tantas flechas: al fin triunfó de su rival. Baltasar la cogió, la llevó al canapé y se echó á sus pies.

—¡Conque te he causado disgustos! dijo con el acento del hombre que se despierta de un sueño penoso.

—¡Pobre Claes, todavía nos los darás á pesar tuyo! le contestó su mujer pasándole la mano por los cabellos. Ven, ven á sentarte á mi lado. Ea, ya lo he olvidado todo, puesto que vuelves á nosotros. Lo remediamos todo, pero ya no te apartarás de tu mujer, ¿verdad? Di que sí. Déjame ejercer en tu noble corazón esa influencia femenil tan necesaria para la dicha de los artistas desgraciados, para los grandes hombres dolientes. Me tratarás con despego, me reñirás si quieres, pero me permitirás contrariarte un poco por tu bien. Jamás abusaré del poder que me concedas. Sé célebre, pero también feliz. No nos pospongas á la Química. Oye, seremos complacientes, permitiremos á la Ciencia que comparta con nosotros tu corazón; pero sé justo y danos la mitad que nos pertenece. Di, ¿no es sublime mi desinterés?

Al fin hizo sonreír á Baltasar. Con ese arte maravilloso que poseen las mujeres, había llevado la más grave de las cuestiones al terreno de la broma en que las mujeres son maestras consumadas. Sin embargo, aunque parecía reír, tenía el corazón tan violentamente contraído que con dificultad recobraba el movimiento igual y suave de su estado habitual; mas al ver renacer en los ojos de Baltasar la expresión que la encantaba, que era su gloria, y le revelaba

toda la acción de su antiguo poder que daba ya por perdido, le dijo sonriendo:—Créeme, Baltasar, la naturaleza nos ha hecho para sentir, y por más que te empeñes en que no seamos más que máquinas eléctricas, ni tus gases ni tus materias etéreas llegarán á explicar el dón que poseemos de vislumbrar el porvenir.

—Sí, por las afinidades, contestó. La potencia de visión que hace al poeta, y la potencia de deducción que hace al sabio, están fundadas en afinidades invisibles é imponderables que el vulgo coloca en la clase de los fenómenos morales, pero que en realidad son efectos físicos. El profeta ve y deduce. Por desgracia, esas especies de afinidades son muy raras y poco perceptibles para que se las pueda someter al análisis ó á la observación.

—Y esto, dijo Josefina dándole un beso para alejar de su idea la Química que tan desacertadamente había vuelto á evocar, esto es también una afinidad?

—No, es una combinación; dos substancias del mismo *signo* no producen ninguna actividad.

—Vaya, cállate, porque aun me matarás de pena. Sí, no soportaría encontrar á mi rival hasta en las demostraciones de tu amor.

—Pero, hija mía, si no pienso más que en ti, si mis trabajos van encaminados á la gloria de mi familia, si tú estás en el fondo de todas mis esperanzas...

—Ea, ¡mírame!

Esta escena la había embellecido como á una joven, y de toda su persona su marido no veía más que su cabeza por encima de una nube de muselina y de encajes.

—Sí, he hecho mal en descuidarte por la Ciencia. Ahora, cuando vuelva á caer en mis preocupaciones, quiero que me saques de ellas.

Ella bajó los ojos y dejó que la cogiera la mano, que era su mayor belleza, mano á la vez poderosa y delicada.

—Y yo lo quiero más, le contestó.

—Eres tan deliciosamente hermosa que puedes conseguirlo todo.

—Quiero destrozar tu laboratorio y encadenar tu Ciencia, dijo Pepita despidiendo fuego por los ojos.

—Pues bien, ¡váyase al diablo la Química!

—Este momento disipa todos mis dolores. Ahora, hazme padecer si quieres.

Al oír estas palabras, se le llenaron los ojos de lágrimas á Baltasar.

—Tienes razón; ya no os veía sino á través de un velo y tampoco os oía.

—Si tan sólo se hubiese tratado de mí, dijo ella, habría seguido sufriendo en silencio, sin levantar la voz ante mi señor y dueño; pero hay que guardar consideraciones á tus hijos, Claes. Te aseguro que si continuaras disipando así tu fortuna, por más que tu objeto fuese glorioso, la gente no te lo tendría en cuenta y sus censuras recaerían sobre todos los tuyos. ¿No debe bastarte, siendo hombre de tan grandes alcances, que tu mujer te haya llamado la atención sobre un peligro que no recelabas? Pero no hablemos más de esto, añadió dirigiéndole una mirada y una sonrisa llenas de coquetería. Esta noche hemos de ser felices por completo y no á medias.

Al día siguiente de esta velada tan grave en la vida de aquel matrimonio, Baltasar Claes, de quien Josefina había obtenido, sin duda, alguna promesa relativamente á la cesación de sus trabajos, no subió á su laboratorio y pasó todo el día á su lado. Al otro día la familia hizo sus preparativos para trasladarse al campo, donde pasó unos dos meses, y del cual volvió para ocuparse de los preparativos de la fiesta con que Claes quería celebrar, como años antes, el aniversario de su casamiento. Entonces se fué persuadiendo éste del desarreglo y del trastorno causado en sus asuntos por sus trabajos y su abandono; pero su mujer, lejos de ahondar la herida con lamentaciones, encontraba siempre paliativos para los daños consumados. De los siete criados que tenían el día de su última recepción, sólo quedaba Lemulquinier, Josefa la cocinera, y una vieja camarera llamada Marta, que no se había separado de su señora desde que salió del convento; era, pues, imposible recibir á la elevada sociedad de la población con tan pocos sirvientes. La señora Claes orilló todos los inconvenientes proponiendo encargar un cocinero á París, aleccionar al hijo del jardinero y pedir á Pierquin que les dejara un criado. De este modo nadie notaría aún el mal estado de sus fondos. Los preparativos duraron veinte días, y mientras tanto Josefina supo entretener con habilidad la ociosidad de su marido, y ora le encargaba que escogiese flores raras para adornar con ellas la escalera principal, la galería y los aposentos,

ora le enviaba á Dunkerque á comprar algunos de esos monstruosos pescados, gloria de las mesas caseras en el departamento del Norte. Una fiesta como la que se proponía dar Claes era cuestión capital, que requería muchos cuidados y una correspondencia activa, en un país en que las tradiciones de la hospitalidad ponen tan de relieve el honor de las familias, que, para amos y criados, una comida se consideraba como una victoria que se ha de alcanzar sobre los convidados. Las ostras llegaban de Ostende, las gallináceas se pedían á Escocia, las frutas á París; en fin, los menores accesorios no debían desmerecer del lujo patrimonial. Aparte de esto, el baile de la casa Claes tenía ya cierta celebridad. Como Douai era á la sazón capital del departamento, aquella velada venía á inaugurar la temporada de invierno y servía de norma á las del país. Por espacio de quince años Baltasar había procurado distinguirse, y lo consiguió en tales términos que en veinte leguas á la redonda se hacían lenguas de sus fiestas y se hablaba de los trajes, de los convidados, de los más pequeños detalles, de las novedades que en ellas se habían visto ó de los episodios ocurridos. Así, pues, estos preparativos impidieron á Claes ocuparse en la investigación de lo Absoluto. Al reanudar las ideas domésticas y la vida social, el sabio recobró su amor propio de hombre, de flamenco, de amo de casa, y se complació en causar admiración á las gentes. Quiso imprimir carácter á aquella velada con alguna originalidad, y entre todos los caprichos del lujo escogió el más bonito, el más rico, el más pasajero, convirtiendo su casa en un vergel de plantas raras y preparando ramilletes de flores para las damas. Los demás detalles de la fiesta guardaban relación con aquel lujo inaudito, y al parecer nada debía impedir que tuviera el efecto apetecido. Mas por la tarde se recibió el 29.º boletín y circularon noticias particulares de los desastres sufridos por el grande ejército en Rusia y en el paso del Beresina. Una tristeza profunda y verdadera se apoderó de los habitantes de Douai, que, obedeciendo á un sentimiento patriótico, no quisieron bailar. Entre las cartas que se recibieron de Polonia en Douai, llegó una para Baltasar: era del señor de Wierzchownia, en la que le decía que, hallándose muy grave de resultas de una herida recibida en uno de los últimos combates, había querido legar á su antiguo patrón muchas ideas que se le habían ocurrido

acerca de lo Absoluto, desde su última entrevista. Aquella carta sumió á Claes en profunda cavilación que honró á su patriotismo; pero su mujer no se engañó. Para ella la fiesta tenía un doble duelo. Aquella velada, durante la cual la casa Claes despedía su último esplendor, tuvo, pues, algo de sombrío y triste en medio de tanta magnificencia, de curiosidades reunidas por seis generaciones, cada una de las cuales había tenido su manía, y que los douasianos admiraron por vez postrera.

La reina de aquella fiesta fué Margarita, que á la sazón tenía diez y seis años, y á la que sus padres presentaban en sociedad. Atrajo todas las miradas por su gran sencillez, por su aire cándido y, sobre todo, por su fisonomía que guardaba relación con aquella morada. Era la doncella flamenca tal como la han representado los pintores del país: cabeza perfectamente redonda; cabellos castaños alisados en la frente y divididos por una raya; ojos grises, matizados de verde; hermosos brazos y una robustez que no perjudicaba á la belleza; aire tímido, pero en su frente alta y tersa una firmeza que se ocultaba bajo una calma y una dulzura aparentes. Sin ser triste ni melancólica, parecía tener poca animación. La reflexión, el orden, el sentimiento del deber, las tres expresiones del carácter flamenco animaban su rostro frío á primera vista, pero en el cual no se podía menos de fijar la mirada á causa de cierta gracia en los contornos y de un orgullo apacible que era prenda de la tranquilidad doméstica. Por una extrañeza que los fisiologistas todavía no han explicado, en nada se parecía á su madre ni á su padre, y en cambio era el fiel trasunto de su abuela materna, una Conyncks de Brujas, cuyo retrato preciosamente conservado atestiguaba tal parecido.

La cena dió alguna vida á la fiesta. Si los desastres del ejército vedaban los placeres de la danza, todos pensaban que no debían excluir los goces de la mesa. Los patriotas se retiraron pronto. Los indiferentes se quedaron con algunos jugadores y muchos amigos de Claes; pero aquella casa, tan brillantemente iluminada, y en la que se habían congregado todas las personas notables de Douai, fué quedando poco á poco en silencio, y á la una de la madrugada la galería estaba vacía y las luces se fueron apagando de salón en salón. Por último, aquel patio interior, tan bullicioso poco antes, tan luminoso, quedó obscuro y sombrío; imagen profética del

porvenir que aguardaba á la familia. Cuando ésta se retiró á sus aposentos, Claes dió á leer la carta del polaco á su mujer, la cual se la devolvió con tristeza, porque preveía lo que iba á suceder.

En efecto, desde aquel día, Baltasar no pudo disimular el disgusto y el tedio que le abrumaban. Por la mañana, después de almorzar, jugaba un rato en el locutorio con su Juanito, hablaba con sus dos hijas ocupadas en coser, en bordar ó en hacer puntilla; pero pronto se cansaba de estos juegos y de estas conversaciones, á los que parecía dedicarse como si fueran un deber. Cuando su mujer volvía á bajar después de vestirse, le encontraba siempre sentado en la poltrona, mirando á Margarita y á Felicia, sin que le molestara el ruido de sus palillos. Cuando le entraban el periódico, lo leía despacio, como mercader retirado que no sabe cómo matar el tiempo. Luego se levantaba, contemplaba el cielo por las vidrieras, volvía á sentarse y atizaba pensativo el fuego, semejante al hombre á quien la tiranía de las ideas quita la conciencia de sus movimientos. La señora Claes sintió vivamente su falta de instrucción y de memoria. Le era difícil sostener largo tiempo una conversación interesante; verdad es que tal vez sea cosa imposible para dos personas que se lo han dicho ya todo y que se ven obligadas á buscar asuntos de distracción fuera de la vida del corazón ó de la vida material. La primera de estas vidas tiene sus momentos y quiere oposiciones; la vida material no puede ocupar mucho tiempo á las personas de espíritu superior acostumbradas á decidirse prontamente, y la gente es insoportable para las almas amantes. Dos seres solitarios que se conocen enteramente, deben, pues, buscar sus distracciones en las más elevadas regiones de su pensamiento, porque es imposible oponer algo pequeño á lo que es en sí inmenso. Además, cuando un hombre se ha acostumbrado á manejar grandes cosas, no puede ya entretenerse ni distraerse con nada, si no conserva en el fondo del corazón ese principio de candor, ese abandono que tan graciosamente les convierte en criaturas; pero esta infancia del corazón, no es un fenómeno bien raro en aquellos cuya misión consiste en verlo todo, en saberlo todo y en comprenderlo todo?

Durante los primeros meses, la señora Claes salió de aquella situación crítica haciendo esfuerzos inauditos que le sugirió el amor ó la necesidad. Unas veces quiso aprender

el *trictrac*, á que jamás había podido jugar, y, por un prodigio concebible, acabó por saberlo; otras veces despertaba el interés de Baltasar por la educación de sus hijas, pidiéndole que dirigiera sus lecciones. Pero se agotaron estos recursos y llegó un momento en que Josefina se encontró ante su marido como madama de Maintenón en presencia de Luis XIV, pero sin disponer, para distraer al señor adormecido, ni de las pompas del poder, ni de las tretas de una corte que sabía representar comedias como la de la embajada del rey de Siam ó del sofí de Persia. Reducido el monarca, después de haber esquilado á Francia, á esos expedientes de los hijos de familia para proporcionarse dinero, no tenía ya juventud ni podía hacer conquistas y sentía una horrible impotencia en medio de las grandezas; y entonces la servidora real, que había sabido entretener á los hijos, no siempre supo entretener al padre, que padecía por haber abusado de las cosas, de los hombres, de la vida, de Dios. Pero Claes padecía por exceso de poder. Oprimido por una idea que le angustiaba, soñaba con las pompas de la Ciencia, con tesoros para la humanidad y con la gloria para él. Padecía como padece un artista que se las ha con la miseria, como Sansón atado á las columnas del templo. El efecto fué el mismo para ambos soberanos, aunque el monarca intelectual resultaba abrumado por su fuerza, y el otro por su debilidad. ¿Qué podía hacer Pepita por sí sola contra aquella especie de nostalgia científica? Después de gastar los medios que le ofrecían las ocupaciones de familia, llamó á la sociedad en su auxilio, dando dos *cafés* por semana. En Douai los *cafés* reemplazan á los *tes*. Un *café* es una reunión, en la cual toda una noche los convidados beben los vinos exquisitos y los licores de que rebosan las cuevas de aquel bendito país, comen golosinas, toman *café negro* ó *café con leche helada*, mientras las mujeres cantan romanzas, hablan de modas ó comentan las noticias de bulto de la población. Siempre son los cuadros de Mieris ó de Terburg, menos las plumas encarnadas en los sombreros grises puntiagudos, menos las guitarras y los hermosos trajes del siglo xvi. Pero los esfuerzos que hacía Baltasar para desempeñar bien su papel de amo de casa, su afabilidad prestada, los fuegos artificiales de su ingenio, todo denotaba la profundidad del mal por el cansancio que sentía al día siguiente.

Estas fiestas continuas, pobres paliativos, atestiguaban la

gravedad de la enfermedad. Esas ramas á que se agarraba Baltasar al rodar por su precipicio, retardaron su caída, pero la hicieron más pesada. Si no volvió á hablar de sus antiguas ocupaciones, si no se lamentó una vez siquiera conociendo la imposibilidad en que se había puesto de comenzar de nuevo sus experimentos, en cambio tuvo los movimientos tristes, la voz débil, el abatimiento de un convaleciente. A veces trascendía su tedio hasta el modo como cogía las tenazas para levantar indolentemente en el fuego alguna pirámide fantástica con pedazos de carbón de piedra. Cuando llegaba la noche experimentaba un contento visible; el sueño le desembarazaba sin duda de un pensamiento importuno; luego, al día siguiente, se levantaba melancólico, viendo que tenía que pasar otro día, y parecía como si midiera el tiempo que debía consumir, como el viajero cansado contempla el desierto que ha de cruzar. Si la señora Claes conocía la causa de aquella languidez, se esforzó por ignorar cuán grandes eran sus estragos. Llena de valor para los sufrimientos del espíritu, carecía de fuerza para las generosidades de su corazón. No se atrevía á dirigir ninguna pregunta á Baltasar cuando escuchaba las conversaciones de sus dos hijas y las risotadas de Juan, con el aspecto de un hombre dominado por una idea fija; pero se sobresaltaba al verle sacudir su melancolía, y, guiado por un sentimiento generoso, procuraba parecer alegre por no contristar á nadie. Las coqueterías del padre con sus dos hijas ó sus juegos con Juan inundaban de lágrimas los ojos de Josefina, que salía de la habitación para ocultar las emociones que le causaba un heroísmo cuyo valor conocen perfectamente las mujeres y los destroza el corazón; entonces tenía descos de decir: — ¡Mátame y haz lo que quieras! Poco á poco, los ojos de Baltasar perdieron sus vivos destellos, y adquirieron esa tinta verdosa que entristece los de los ancianos. Las atenciones que tenía á su mujer, sus palabras, todo en él adquirió pesada languidez. Estos síntomas, que se agravaron á fines de abril, asustaron á la señora Claes, para quien aquel espectáculo era intolerable y que se vituperaba de continuo admirando la fe flamenca con que su marido cumplía su palabra. Cierta día, que Baltasar le pareció más abatido que nunca, no vaciló ya en sacrificarlo todo para volverle á la vida.

—Baltasar, le dijo, te desligo de tus juramentos,

Baltasar la miró con extrañeza.

—¿Estás pensando en tus experimentos?

Claes respondió con un ademán de terrible vivacidad. Su mujer, lejos de hacerle ninguna reconvención, pues había sondeado detenidamente el abismo en que iban á hundirse ambos, le tomó la mano y se la estrechó diciendo: — Gracias, esposo mío; ahora estoy convencida de mi poder puesto que por mí has sacrificado más que tu vida. En adelante, yo debo ser la que se sacrifique. Aunque he vendido ya algunas de mis joyas, todavía quedan las suficientes, agregando á ellas las de mi hermano, para proporcionarte el dinero que necesitas para tus trabajos. Yo tenía reservadas esas alhajas para nuestras hijas, pero ¿tu gloria no se las proporcionará más deslumbradoras? Además, ¿no llegará día en que les devuelvas más hermosos sus diamantes?

La desesperación de Josefina llegó al colmo al ver el júbilo que de repente iluminó el semblante de su marido; pues conoció con dolor que la pasión de aquel hombre era más fuerte que él. Claes tenía confianza en su obra para seguir adelante sin temblar por un camino que para su mujer era un abismo. Para él la fe, para ella la duda, la carga más pesada; ¿no padece siempre la mujer por dos? En aquel momento quiso creer en el buen resultado, pretendiendo justificarse á sí misma por su complicidad en la dilapidación probable de su fortuna.

—Pepita, dijo Claes enternecido, el amor de toda mi vida no bastaría para pagarte tu abnegación.

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando Margarita y Felicia entraron para darles los buenos días. La madre bajó los ojos y se quedó un momento como cortada en presencia de sus hijas, cuya fortuna acababa de destinarse á los gastos de una quimera; entretanto, su marido se las sentó en las rodillas y se puso á hablar alegremente con ellas, deseoso de poder dar rienda suelta á la alegría que le oprimía. Desde entonces la señora Claes participó de la vida ardiente de su marido. El porvenir de sus hijos y la consideración á su padre fueron para ella dos móviles tan poderosos como lo eran para Claes la gloria y la Ciencia. Así fué que aquella desdichada mujer no tuvo ya una hora de calma cuando se vendieron en París todas las alhajas de la casa por mediación del P. Solís, su confesor, y los fabricantes de productos químicos volvieron á empezar sus remesas. Agitada sin ce-